

I

Una casa de oro

Según Tácito, uno de los mayores historiadores de la Antigüedad, Nerón añadió al suplicio de los cristianos «el escarnio, ya que estos, cubiertos con pieles de fieras, expiraban por mordeduras de perros, o eran crucificados, o lanzados a las llamas para que, al anochecer, alumbraran como antorchas. Mientras se celebraban unos juegos circenses, Nerón ofreció su jardín para este tipo de espectáculos. El emperador se mezclaba con el populacho vestido de auriga, y participaba en la carrera montado en su carro. Por ello, aunque los cristianos fuesen culpables y merecieran graves castigos, suscitaban compasión, pues parecía que los inmolaran no ya por el bien público, sino para dar rienda suelta a la crueldad de un solo hombre» (*Anales*, XV, 44).

Así pues, la vida de los cristianos en Roma, ciudad que se transformaría en la cuna del catolicismo, empieza con mal pie. Las persecuciones no cesan; algunas, como las que ordena Diocleciano, son de una ferocidad inaudita. En general, ven con malos ojos a los seguidores de la nueva religión. En la *Vida de Claudio*, el historiador Suetonio escribe que, en el año 41, el emperador expulsó a los judíos porque estos, instigados por Cristo, no hacían más que rebelarse. Cuando Pablo llega a la capital del imperio, poco después del año 60, los jefes de la comunidad judía le dicen que todo el mundo se opone a esa *secta*. El mismo Suetonio, en la *Vida de Nerón*, escribe que se infligían sanciones a los cristianos porque se sospechaba que practicaban una oscura magia.

En la segunda mitad del siglo I, el cristianismo sólo es una de las corrientes del judaísmo, aunque con características difíciles de describir. En sus *Anales* (XV, 44), Tácito relata que, después del incendio de Roma, tal vez provocado por Nerón, resultó fácil echarles la culpa a los cristianos, pues tenían muy mala fama.

Para comprender el porqué de tan mal nombre, debemos tener presente que la religión de Roma era esencialmente pública, es decir, política. Tal como constaba en el texto arcaico de las Doce Tablas, se exigía que nadie decidiera tener «por su cuenta dioses nuevos ni forasteros no reconocidos por el Estado». Los romanos respetaban tal premisa y sólo actuaban con dureza cuando sospechaban que una religión podía ser políticamente subversiva. Los cristianos no predicaban ni practicaban ritos peligrosos; sin embargo, resultaban incomprensibles en muchos aspectos. Por ejemplo, si les pedían sus datos personales (por emplear una expresión contemporánea), muchos de ellos se negaban a identificarse, y rechazaban el servicio militar. Se limitaban a afirmar que descendían de Jesucristo, lo cual suponía un acto de desobediencia intolerable para las autoridades.

Acusaban a judíos y cristianos de odiar al género humano, porque vivían en comunidades separadas, no participaban en la vida pública y menos aún en las ceremonias religiosas, que en Roma tenían una connotación patriótica y civil; no aceptaban incluir a su Dios en el panteón junto a los demás, se obstinaban en un incomprensible monoteísmo y proclamaban que el suyo era el único Dios verdadero. La *pax romana*, que reunía innumerables cultos y pueblos, se basaba en la convivencia de las religiones; así, las creencias de judíos y cristianos minaban un sistema cuyo emperador encarnaba una doble autoridad, religiosa y civil. Todos los judíos eran seguidores de una religión ajena a los cultos cívicos tradicionales, pero los cristianos parecían más peligrosos. Al menos, el resto de judíos no intentaba convertir a las gentes; únicamente solicitaba poder practicar el culto en sus templos, dentro de sus comunidades.

Por todo ello, Nerón señaló a los cristianos como culpables del desastroso incendio del año 64. En todas las culturas existe una mi-

noría étnica, política o religiosa con mala fama a la que es fácil endilgarle la culpa de cualquier cosa.

La huella de Nerón se extiende más allá del primer cristianismo.

Existe un lugar en Roma con un encanto peculiar, aunque no sean más que rústicas paredes, silenciosos caminos porticados, construcciones de ladrillo descarnadas con pocos tramos coloreados con frescos o mosaicos. Es la *Domus aurea*, la opulenta morada que Nerón mandó construir.

¿De dónde viene la fascinación que ejerce sobre el visitante el palacio más suntuoso jamás concebido? Tal vez de la personalidad de Nerón, símbolo del ejercicio desenfrenado del poder y el libre albedrío; y, sobre todo —al menos en mi caso—, de las emotivas huellas que, durante los siglos XVI y XVII, dejaron los visitantes que entraron por un agujero del techo en las salas subterráneas y colmadas de tierra. Agachados sobre los escombros, a la luz vacilante de las antorchas (aún pueden verse las manchas de hollín), contemplaron los frescos y copiaron sus motivos ornamentales, que se convertirían en las famosas *grutescas*: formas vegetales con figuras humanas o animales imaginarias, un mundo fantástico en que lo humano, lo vegetal y lo animal se funden en representaciones extrañas, que parecen bromas o alucinaciones. El término *grutesca* proviene de *gruta*, pues las salas de la *Domus aurea* se habían convertido en grutas subterráneas, llenas de tierra y residuos. Su descubrimiento puso muy de moda la Antigüedad y las ruinas romanas, una tendencia que sólo puede compararse a la egiptomanía que suscitaron las campañas napoleónicas a principios del siglo XIX.

Para dar una idea de la magnificencia de la construcción, basta con pensar que, en el vestíbulo, cabía una estatua de 35 metros de altura (equivalente a un edificio de doce pisos). Es muy probable que, en la Edad Media, esta enorme escultura inspirara el nombre del Coliseo. El escultor griego Zenodoros representó al emperador desnudo, con atributos solares, el brazo derecho extendido y el izquierdo doblado para sostener un globo. En la frente, una corona de la que surgían siete rayos de seis metros de longitud cada uno, símbolo del poder absoluto y del Sol, con el cual el hombre deseaba identificarse.

Según cuenta Suetonio, el conjunto incluía tres pórticos de una milla de longitud, «un estanque, casi un mar, rodeado de edificios grandes como ciudades. Detrás, villas con campos, viñedos y pastos, bosques llenos de animales domésticos y salvajes». El valle en cuyo centro se yergue el anfiteatro Flavio (el Coliseo) estaba enteramente ocupado por el lago que Suetonio define de forma exagerada como «casi un mar». También había mármoles policromados, muy característicos de la arquitectura romana. Piedras procedentes de España, Numidia, Tripolitania, Egipto, Asia, Grecia, las Galias, Capadocia, de distintos colores y texturas, únicas por su dureza y por la belleza de sus dibujos. En los siglos posteriores, los marmolistas romanos las llamarán con nombres que, por sí solos, evocan una época: *portasanta*, *lumachella*, *pavonazzetto*, serpentino, granito de los obeliscos, granito africano y, el máspreciado de todos, el pórvido rojo, reservado al emperador.

Esas maravillas sobrevivieron poco tiempo a la muerte de su propietario. Sus sucesores demolieron gran parte de ellas. Domiciano mandó derruir los edificios del Palatino; otros ordenaron cubrir de escombros el lago con el fin de preparar el terreno para la construcción del Coliseo, y Adriano resolvió demoler el vestíbulo de la *Domus* en la colina Velia para erigir el templo de Venus y Roma. El pabellón de la colina Opio (el que hoy puede visitarse) sobrevivió hasta que un incendio, en el año 104, lo destruyó en parte. Cuando Trajano mandó construir sus termas en la misma zona, el arquitecto Apolodoro de Damasco dio orden de derribar por completo las estancias superiores y de llenar de tierras las inferiores, transformándolas así en inmensos cimientos para los nuevos edificios. De este modo, la luz fue sustituida por tinieblas; los dorados, los frescos, los mármoles variopintos desaparecieron bajo toneladas de tierra y residuos. La magnificencia dio paso a la ruina y, durante varios siglos, al olvido, gracias al cual se ha conservado parcialmente tan insigne testimonio.

La serie de hechos que permitieron a Nerón acceder al trono imperial habría marcado la vida de cualquiera. Cuando todo empezó, el futuro emperador era poco más que un adolescente. Su madre, Agri-

pinila, lo tuvo a los veintitrés años, el 15 de diciembre del año 37 de nuestra era. El padre era un hombre a quien no amaba, treinta años mayor que ella, un patricio arrogante y disoluto, con quien se había casado por imposición de Tiberio; su nombre era Domicio, pero lo llamaban Enobarbo por el color rojizo de su barba (su hijo se llamará igual). Según Plinio el Viejo, Agripinila escribió en sus memorias que el niño nació con los pies por delante, lo cual se consideraba de mal augurio.

El sobrenombre *Nero* (Nerón), es decir, «negro», llegará más adelante. Según el sabio autor Aulo Gelio (*Noches áticas*), en lengua sabiniana significaba «fuerte, valeroso»; sólo más adelante el apelativo contribuirá a connotar en otro sentido la figura del emperador, y la palabra «negro» indicará el color de las tinieblas y los infiernos.

Su madre, hermana de Calígula e hija del gran general Germánico, es seductora, bella, calculadora, ambiciosa, capaz de administrar con habilidad todo tipo de halagos con sus palabras y, cuando desea ser más eficaz, con su cuerpo voluptuoso. Agripinila —o, con mayor precisión, Agripina la menor o Julia Agripina, hija de la esposa de Germánico, Agripina la mayor— no se negará nada a ni siquiera a una relación incestuosa con su hermano Calígula, en la cual también participaron sus hermanas.

En el año 41, asesinan a Calígula, y sube al trono Claudio, hermano de Germánico y, por tanto, tío de Agripinila, a quien todos, familiares y gente ajena, consideraban una especie de fantoche. Cuando estaba a punto de cumplir los cincuenta, lo habían casado con una joven de quince años que adquiriría una salaz notoriedad, Mesalina, famosa por sus hiperbólicas hazañas eróticas y víctima de una trágica muerte prematura.

Cinco meses después, en enero del año 49, Agripinila se convierte en la nueva esposa del emperador. Poco importa que se trate del hermano de su padre, es decir, de un incesto más. La emperatriz sólo piensa en su hijo Lucio Domicio, ya adolescente; no porque lo quiera mucho, sino por los objetivos que, según cree, podrá conseguir a través de él. Sabe que manipulando a Lucio alcanzará metas que, de otro modo, le estarían vedadas a una mujer.

Una de sus primeras estrategias es hacer que regrese de su largo y extenuante exilio Lucio Anneo Séneca, el más brillante pensador del momento, para que sea el preceptor de su hijo. Al mismo tiempo, logra que su marido y tío, el emperador Claudio, adopte a Lucio Domicio, cuyo nuevo nombre será Tiberio Claudio Nerón Druso Germánico. El paso sucesivo es asegurarle a Nerón un matrimonio adecuado. Al cumplir los dieciséis años, lo casan con Octavia, de doce, hija de la poco añorada Mesalina y, por lo que sabemos, alejada de las tendencias disolutas de su madre.

Con todo, aún quedan varios obstáculos importantes en el camino del trono. El primero es Claudio, que acaba de cumplir sesenta años y goza de buena salud. El segundo, su hijo Británico, un muchacho tímido e introvertido que queda brutalmente en la sombra cuando Nerón entra en la familia. Un día, Claudio muere tras comer uno de sus platos favoritos, unas setas, que habían sido *tratadas*. El 13 de octubre del 54, a los diecisiete años, la multitud y los pretorianos, que han tomado parte en el complot, proclaman a Nerón emperador. Tácito (*Anales*, XIII, 2) relata que esa misma noche, un tribuno se dirige al joven y, siguiendo el uso militar, le pregunta cuál es el santo y seña para los centinelas. La respuesta es: *Optima mater*, «la mejor de las madres». En el palacio imperial, el infeliz Británico se ha quedado solo. Poco tiempo después, correrá la misma suerte que su padre: veneno, otra vez.

A pesar de su juventud, el emperador se comporta con una moderación ejemplar. Es famosa la anécdota de que, un día, al tener que firmar una condena a muerte, exclamó, amargado: «Ojalá no supiera escribir». Mantiene las relaciones con el Senado, siempre críticas, en un ambiente de absoluta corrección. En su magistral discurso de presentación (escrito por Séneca), asegura haber aceptado el cargo porque así lo querían los ejércitos, pero también porque la autoridad senatorial lo había refrendado; dice que su juventud no está manchada con la sangre de guerras civiles ni de peleas familiares y que no guarda rencores; añade con fuerza que cerrará las puertas a la corrupción y las intrigas. Se trata, pues, de un buen comienzo.

Por otra parte, la paz favorece los intercambios; el aumento del precio de la tierra y los inmuebles proporciona notables beneficios a los empresarios que tienen contratos para realizar grandes obras públicas, y, además, reduce al mínimo el desempleo.

Sólo estalla una crisis muy seria tras el asesinato del pobre Británico. El cadáver del muchacho enseguida se pone morado, lo cual evidencia la acción del veneno. Entonces Nerón difunde el rumor de que la causa de la muerte ha sido uno de sus ataques epilépticos y ordena que el cuerpo sea quemado de inmediato en el Campo de Marte. Le encarga a Séneca, que está al corriente de la verdad, que justifique ante el Senado un funeral tan precipitado. Una vez más, el célebre intelectual demuestra estar a la altura de su cometido y escribe: «Entre nuestros antepasados, era costumbre apartar la vista lo antes posible de las muertes prematuras y no prolongar el dolor de la pérdida con elogios fúnebres o exequias demasiado suntuosas».

La brutal decisión de su hijo turba a Agripinila, que presencia el homicidio de Británico en la misma sala donde ella mandó envenenar a Claudio. Ahora sabe que Nerón es capaz de tomar decisiones supremas sin necesidad de su consejo. Además, el emperador desdén a su esposa Octavia y se encapricha de una liberta llamada Acte, que lo ha seducido con sus artes eróticas.

En pocos meses, la situación se vuelve intolerable entre madre e hijo. El emperador ya no escucha a su *optima mater*, sino las exigencias del pueblo. Agripinila no puede creerlo. Ha posibilitado su acceso al trono, ha asesinado a su marido para acelerarlo y ahora su ingrato hijo la deja a un lado. Primero, intenta organizar un par de complots para asesinarlo; luego, al ver que no dan resultado, toma la decisión opuesta: sabedora de su atractivo, se propone seducir a su propio hijo. A los cuarenta años, aún es bella y deseable, amén de expertísima en asuntos de amor. Según Tácito, está acostumbrada a todo tipo de infamias (*exercita ad omne flagitium*):

Con la obsesión de conservar su poder, Agripinila fue tan lejos que [...] más de una vez se ofreció a él, borracho, vestida de forma seductora y dispuesta para el incesto [...]. Los besos lascivos y las caricias, que

eran un preludio a la infamia, llamaban la atención de quienes los rodeaban (*Anales*, XIV, 2).

Séneca, preocupado por el cariz que estaban tomando los hechos, le sugiere a la amante del momento, Acte, que advierta al emperador de que los soldados no tolerarían obedecer a un emperador sacrílego. Nerón comprende el mensaje, hasta tal punto que la sola presencia de su madre le parece insoportable y llega a preguntarse qué medios debe usar para matarla: *veneno an ferro vel qua alia vi*, «veneno, un arma u otra forma de violencia». Pero las cosas no son tan sencillas. La expresión amor-odio jamás tuvo un significado más denso. Cuando se aleja de su madre y se niega a verla, Nerón sigue alimentando las fantasías libidinosas que la mujer le ha provocado.

Según parece, fue Aniceto, comandante de la flota de Cabo Miseno, quien tuvo la idea definitiva para asesinar a Agripinila. En marzo del año 59, la invitan a las fiestas de Minerva en Bayas; lejos de Roma, todo sería más fácil. Agripinila acepta y llega a Bayas, donde su hijo la recibe calurosamente. Cenar juntos y Agripinila ocupa el puesto de honor en la mesa, a la izquierda del emperador. Después del banquete, se entretienen un rato hablando antes de que la mujer pida permiso para regresar. Nerón la acompaña hasta el barco, y «la besaba en la cara y la abrazaba más de lo habitual, tal vez para perfeccionar su simulación, o quizá porque ver por última vez a su madre, que iba a morir, causaba una honda impresión en su espíritu, por muy feroz que pudiera ser» (Tácito, *Anales*, XIX, 4).

Es una noche estrellada y tranquila, con el mar en calma (*Noctem sideribus inlustrem et placido mari quietam*). El barco, con el vigor que le imprimen los remeros encadenados, se aleja y resuena en las aguas negras e inmóviles. Agripinila, acompañada de su criada Acerronia, va en la popa, en un lujoso lecho con baldaquino. No sabe que sobre el frágil techo hay quintales de piezas de plomo. A la señal convenida, el plomo cae sobre el lecho. El cabecero obstaculiza la caída de las piezas y el movimiento fuertemente oscilante del barco lanza a las dos víctimas al mar.

La criada Acerronia, sin comprender en qué trágico juego ha caído, pide ayuda gritando que es la madre del emperador, y la destrozan a golpes de remo y de palo. Agripinila, más astuta, se aleja nadando silenciosamente y, por medio de un canal, llega al lago Lucrino.

Las consecuencias del atentado son leves: Agripinila sólo presenta una herida en el hombro. Más preocupante que su estado físico es su posición, si bien, al ser una actriz consumada, finge no comprender lo sucedido y, por medio de un liberto, le envía un mensaje a Nerón comunicándole que, gracias a la bondad de los dioses, ha sobrevivido a un grave accidente.

El emperador, que esperaba otro resultado, lee entre líneas el mensaje y empieza a temer una venganza. No sabe qué hacer y manda llamar a Séneca y al prefecto del pretorio, Burro. El filósofo le pregunta a Burro si deben ordenar a los soldados que maten a la mujer enseguida, pero Burro responde que sus hombres, fieles a la memoria de Germánico, no se atreverían a matar a su hija. Teme que los pretorianos se nieguen a obedecer, lo cual tendría consecuencias políticas desastrosas, así que propone otra solución. Ya que Aniceto, el comandante de la flota, es quien ha causado el desastre, que lo arregle él. El relato del célebre matricidio puede leerse en la crónica de Tácito:

Los asesinos rodearon la cama; el primero en golpearla fue el triararca, y lo hizo en la cabeza, con un palo. Entonces el centurión que empuñaba la espada fue a darle el golpe de gracia, y ella, mostrando el vientre, le ordenó: «Clávala aquí», y murió tras ser herida muchas veces (*Anales*, XIV, 8).

Se dice que, al enterarse de la muerte de su madre, Nerón exclamó: «Hoy dispongo realmente del imperio». Verdadera o no, la frase expresa el peso que tuvo la presencia de Agripinila los primeros cinco años de su reinado. Ahora queda Séneca, el preceptor, el intelectual, el filósofo que se ha mantenido en equilibrio sobre una línea tan delgada como el filo de un cuchillo. Sin censurar los caprichos del joven emperador, por delictivos que sean, siempre intenta reconducirlos para que, en última instancia, no resulten innobles. Séneca conoce

los caminos de la moralidad; en su diálogo *Sobre la clemencia* y, sobre todo, en las 124 *Cartas a Lucilio*, despliega al máximo la ética estoica, traza una concepción filosófica basada en la búsqueda de la virtud y la práctica de la libertad en el sentido más alto, empezando por la libertad interior. Además, se adelanta a su tiempo y proclama que debemos respetar a todo ser vivo y ser caritativos con los humildes, los infelices e incluso con los esclavos.

¿Cómo se explica que un hombre de semejante talento y tan nobles sentimientos ejerciera la usura, aunque sólo se tratara de préstamos, diríamos hoy, *bancarios*? ¿Y que se burlara del emperador Claudio, recién asesinado, con su *Apokolokyntosis*, que podríamos traducir por «Apotheosis de una calabaza»? Claudio tenía fama de tonto y, además, había condenado al filósofo a siete años de penoso exilio en Córcega; pero burlarse de un hombre que acababa de morir seguía siendo una acción indigna. ¿Y su brillante forma de justificar la precipitada cremación del pobre Británico? ¿Y su apoyo al asesinato de Agripinila? Desde un punto de vista imperial, siempre pueden hallarse motivaciones políticas para la más infame de las acciones. Lo curioso es que ideara dichas acciones el mejor intelectual (y el más desconcertante) que Roma tenía en aquel momento.

¿Cómo se explican tantas contradicciones? Hasta cierto punto, con el viejo sueño —que ya tuvo Platón— de colocar un filósofo en la cúspide del Estado para asegurarle al emperador un guía de alto nivel. Además, no debe olvidarse que el reinado de Nerón comenzó de un modo muy positivo.

Y, de no haber estado allí Séneca, las cosas aún habrían ido peor. En cuanto a las acusaciones contra él, algunas fueron dictadas por la envidia; a quienes le reprochaban la contradicción existente entre su vida y su obra, les respondía: «El sabio hace cosas que no aprueba», y luego, citando a otros filósofos, aunque refiriéndose a sí mismo, añadía:

Ellos no dijeron cómo vivían, sino cómo tendrían que haber vivido. Estoy hablando de la virtud, no de mí mismo. Y, cuando ataco los vicios, me refiero en primer lugar a los míos. El día en que sea capaz de hacerlo, viviré como es debido (*Sobre la vida feliz*, 18, 1).

Tan ardua relación concluyó con un fracaso. Séneca comprende que su acción es vana y, en el 62, decide retirarse a la vida privada. Le dice al joven: «Ambos [...] nos hemos excedido; tú con lo que un emperador puede concederle a un amigo, yo con lo que un amigo puede aceptar de un emperador» (*Anales*, XIV, 54). Lo que propone es, por así decirlo, un acuerdo amistoso, pero eso no bastará para salvarlo. Tres años después, el filósofo se halla implicado en una de las más célebres y complejas conspiraciones políticas de la Antigüedad, la conjura de Pisón, en la cual dos grupos de personas, el primero vinculado al Senado y el segundo militar, organizan un atentado contra Nerón.

Una vez más, Séneca se comporta con genial doblez. No participa directamente en el complot, pero tampoco rechaza ni denuncia al enviado de Pisón. Nerón aprovecha la ocasión para librarse de su preceptor, a quien empieza a considerar insoportable. Manda a un oficial de los pretorianos a la casa de la vía Apia donde se encuentra el filósofo en ese momento, con la orden imperial de que se quite la vida. Tácito narra la muerte de Séneca en una de sus páginas más memorables. Merece la pena leerla:

Tras decir estas palabras como si fueran dirigidas a todos, abrazó a su esposa y, algo enternecido a pesar de su espíritu fuerte, le rogó y suplicó que moderase su dolor, que no albergara una tristeza sin fin, sino que hallase noble consuelo por la pérdida de su esposo en la contemplación de una vida consagrada a la virtud. Pero la esposa aseguró que ella también había decidido morir y pidió la mano del verdugo. Entonces Séneca no se opuso a su gloria, porque además temía dejar expuesta a ofensas a la que era su gran amor. Y dijo: «Te he indicado los consuelos que puede darte la vida, pero tú prefieres el honor de la muerte. No sentiré celos del ejemplo que les das a todos. La firmeza de una muerte tan noble es igual para ambos, pero en tu muerte hay mayor esplendor». Tras estas palabras, se abrieron a la vez las venas de los brazos. Séneca, por cuyo cuerpo viejo y delgado a causa de la escasez de alimento fluía muy lenta la sangre, se abrió también las venas de las piernas y las pantorrillas. Luego, sacudido por espasmos atroces, para no romperle el corazón a su esposa con su dolor, y para no dejarse llevar él mismo por

su debilidad al presenciar el sufrimiento de ella, la convenció para que se trasladara a otra habitación. En aquel momento extremo, no lo abandonó su elocuencia, y llamó a sus secretarios y les dictó muchos pensamientos que no voy a referir con palabras mías, pues el pueblo los conoce con las palabras de su autor (*Anales*, XV, 63).

Paulina, su amada esposa, será salvada *in extremis*; como todos los hechos tienen su pequeña sombra, hay quien dice que la mujer sólo fingió que deseaba morir, que representó una comedia en honor de su esposo agonizante. Tal vez sean calumnias. Lo cierto es que el filósofo, al ver que morir desangrado iba a ser un proceso muy lento, pide veneno y, emulando a Sócrates, entra en un baño de vapor donde muere ahogado. Tenía sesenta y nueve años.

Se pueden narrar muchas otras cosas sobre Nerón. Las crónicas sobre él son expresivas, llenas de detalles crueles, obscenos, ridículos.

Entre las mujeres de su vida ocupa un lugar destacado Pópea Sabina, en parte por la curiosa forma en que empezó su relación. Cuando comienza la historia, Pópea, casada en primeras nupcias con Rufrio Crispino, prefecto del pretorio durante el reinado de Claudio, es la esposa de Marco Salvio Otón. Tras una compleja y lasciva intriga, la mujer se instala en los palacios imperiales, junto al emperador, que ha perdido la cabeza por ella y repudia a su esposa Octavia con una abominable sarta de calumnias y venganzas.

La pobre Octavia acabará de forma miserable y sombría, al igual que muchos enemigos de Nerón: exiliada en una localidad perdida, los pretorianos la estrangulan tras abrirle las venas de brazos y piernas. Luego envían su cabeza a Roma para que su marido compruebe personalmente que sus órdenes han sido ejecutadas. En cuanto a Pópea, se convierte en la verdadera reina de la corte, artífice y animadora de un lujo sin precedentes. Augusto y Tiberio desdeñaban cualquier concesión a la magnificencia; Calígula murió antes de poder cumplir sus sueños más opulentos; con Claudio, la vida en palacio adquirió un tono, diríamos hoy, *burgués*; y la pobre Octavia, relegada a un segundo plano e ignorada por su esposo, no tuvo siquiera la posibilidad de imprimir su estilo en la vida de corte.

Con Popena entran por primera vez en la existencia de Nerón la suntuosidad y el refinamiento. El emperador se lo agradece y compone versos sobre el largo y rubio cabello de su esposa, sobre su tez lunar. Las damas romanas no hablan más que de su melena y su piel de nácar; intentan descubrir cuál es su secreto y abundan los cotilleos sobre sus excesos.

Plinio el Viejo, en su *Historia natural*, escribe que, en sus viajes, la emperatriz, bella y caprichosa, iba seguida de cuatrocientas burras en cuya leche se sumergía para que su epidermis mostrara una blancura y una lozanía incomparables. Juvenal asegura que utilizaba una máscara para proteger su rostro del contacto impuro con el aire. Probablemente, era una loción untuosa y regeneradora que Popena se aplicaba por la noche, anticipándose así a la cosmética moderna.

Pese a su evidente autoadoración y al tiempo que se dedicaba a sí misma, Popena era una mujer inteligente y sensata. Flavio Josefo, en las *Antigüedades judías*, asegura que «temía a Dios» y la describe como «simpatizante» del mundo judío. Según otras fuentes, Popena, curiosa y aguda, se interesó por el cristianismo porque la atraía una religión que había transformado en Dios a un inquieto profeta, crucificado como un criminal en una remota provincia del imperio.

Nunca sabremos cuánta verdad había en esos rumores, difundidos por varios motivos, entre ellos una serie de intereses contingentes. En cualquier caso, es evidente que el cristianismo suscita viva curiosidad y más de una inquietud. La nueva religión, al igual que muchas otras, procede de Oriente. En la época a la que nos referimos, aún no posee una fisonomía completa, pero sí unas características que facilitan su difusión entre las clases más humildes, esclavos y soldados, tal como había ocurrido con la religión del dios Mitra, similar en muchos aspectos. Sólo que el cristianismo también incide en los estratos altos de la sociedad romana y empieza a tener adeptos incluso en el círculo vinculado al poder imperial.

Poco después de cumplir treinta y cinco años, Popena murió de repente. Se dijo que su esposo la envenenó, que la mató a patadas en un ímpetu de ira, tal como más adelante se dirá de Constantino y su esposa. Fuera cual fuese la causa de la muerte, el emperador organizó un funeral

grandioso; llevaron sus restos mortales al foro, en una solemne procesión, y el propio Nerón pronunció la *laudatio* desde la tribuna en la que Marco Antonio declamó el elogio fúnebre de Julio César. El cuerpo de Popea fue embalsamado y, según Plinio, Arabia entera no habría podido producir la inmensa cantidad de perfumes que el emperador quiso emplear, una vez perdido el sueño de conservar intacta su belleza.

El famoso y, en muchos aspectos, enigmático incendio de Roma del año 64, uno de los sucesos capitales en la historia de la ciudad y en la vida de Nerón, vincula la figura del emperador, como enseguida veremos, al incipiente movimiento cristiano.

Entre la una y las dos de la madrugada del 19 de julio, un mensajero jadeante llegó a Anzio, donde el emperador veraneaba, a anunciar que el circo Máximo ardía y que las llamas amenazaban los palacios imperiales. Nerón partió al galope y llegó a Roma a tiempo para ver toda la zona transformada en una hoguera y parte de su casa reducida a cenizas. Tardaron seis días en controlar las llamas y se llegaron a derribar edificios como medida preventiva, para que no fueran pasto del fuego. Ardieron casas y tiendas, templos y santuarios, incluido el de Vesta, que contenía los penates del pueblo romano, las obras maestras del arte griego y muchas obras antiguas. Más de una décima parte de la superficie urbana se incendió, comprendida el área del foro situada al sur de la vía Sacra.

Pronto se difundió el rumor de que Nerón había provocado el incendio, y muchos testigos, algunos de ellos acreditados, lo repitieron con insistencia. En la *Historia natural*, Plinio el Viejo asegura, como si fuera un hecho incontrovertible, que «Nerón mandó quemar Roma». De modo análogo, Dión Casio afirma: «Llevó a cabo un proyecto largamente acariciado: destruir Roma y el imperio mientras aún vivía». En el siglo VI, un moralista como Boecio escribe en *La consolación de la filosofía*: «Cuántos crímenes, cuántos desastres cometió Nerón, monstruo abominable que quemó la capital del mundo».

Pero el autor que más nos interesa en este momento vuelve a ser el historiador Tácito, quien nos ofrece el siguiente testimonio en los *Anales*:

Para que cesaran los rumores, Nerón inventó unos culpables e infligió los más refinados castigos a quienes, odiados por sus actos reprobables, el vulgo llamaba cristianos. El nombre derivaba de Cristo, al cual el procurador Poncio Pilato condenó al suplicio durante el reinado de Tiberio. Aquella desastrosa superstición, reprimida en un primer momento, aparecía de nuevo, no sólo en Judea, donde el mal había nacido, sino también en Roma, donde convergen y hallan seguidores todas las atrocidades y vergüenzas del mundo. En primer lugar, arrestaron a los que confesaban su fe; luego, declararon culpable a una multitud de gente delatada por aquéllos, no tanto por el delito del incendio como por su odio a la humanidad (XV, 44).

«Actos reprobables» y «odio a la humanidad» son características que el gran historiador atribuye al cristianismo y a sus adeptos por las razones que he intentado aclarar al principio del capítulo. Según una opinión muy difundida, aunque no del todo probada, entre dicha multitud de mártires se hallaba Pedro, a quien la Iglesia considera el principal apóstol.

Tácito, que escribe unos cincuenta años después de los hechos, afirma: «Ignoro si el desastre se debió al azar o a la maldad del emperador», aunque luego añade que quienes intentaban luchar contra el fuego recibían amenazas de personas que lanzaban antorchas y decían seguir órdenes. Suetonio aún es más explícito: Nerón incendió Roma con tanta desfachatez que muchos funcionarios, al sorprender en sus propiedades a sus siervos con estopa y antorchas, no se atrevieron a tocarlos.

¿Por qué el emperador, por muy desequilibrado que estuviera, iba a mancharse las manos con un delito de semejantes dimensiones, tan impopular? Según Tácito, lo impulsaba el deseo de fundar una ciudad más hermosa que la anterior, a la que pensaba llamar Nerópolis. Dión Casio y Suetonio comparten la hipótesis, y añaden que, en su locura, el emperador envidiaba a Príamo el sublime placer de haber asistido a la destrucción de su ciudad y su reino. Los tres cronistas, que no fueron testigos directos de los hechos, escriben que, mientras la ciudad ardía, Nerón, «desde el balcón de su palacio» (Tácito), o «desde la torre de Mecenas» (Suetonio), o «desde lo alto del Palati-

no» (Dión Casio), vestido de citarista, con una corona de laurel ciñendo su cabeza, cantaba la destrucción de Troya y «comparaba las desgracias presentes con la lejana derrota» de la que había nacido Roma.

Fuera o no fuese obra suya, el emperador vive inmerso en la locura: escribe versos, compone música, recita, quiere ser recordado como poeta y rapsoda, no como líder político, y se instala en la *Domus aurea*, en gran parte ya terminada. No lo turban las noticias de que en la Galia (con Vindex) y en España (con Galba) las legiones se rebelan contra él. Tras haber desarticulado tantas conjuras y revueltas, cree que también podrá con estas.

No es así. El trigo escasea por falta de abastecimiento, el emperador ha perdido el contacto con la realidad, una carencia siempre fatal para un gobernante. A finales de mayo, estalla la rebelión. Galba marcha hacia Roma. Nerón proyecta un nuevo viaje a Egipto, pero los fieles pretorianos, que siempre lo han acompañado, esta vez se niegan a seguirlo. El emperador acaba de cumplir treinta y un años y, por primera vez, está solo. Se acuesta, pero la noche está colmada de pesadillas. Se levanta y ve que los centinelas se han ido, «se han llevado las mantas y han robado la copa con el veneno». Entonces manda llamar a alguien que pueda matarlo, pero no encuentra a nadie. Escribe Suetonio:

Cuando su liberto Faonte le ofreció su casa, en la cuarta milla entre la vía Salaria y la vía Nomentana, el emperador, descalzo y vestido con una sencilla túnica, se echó sobre los hombros una capa descolorida, se cubrió la cabeza y el rostro con un pañuelo y montó en el caballo; sólo lo acompañaban cuatro personas (*Vida de Nerón*, XLVIII).

El reducido grupo llega a la casa a escondidas. Con el fin de evitar la entrada principal, Nerón da un rodeo por el campo; se rasga la capa con las zarzas y va a acostarse en un jergón. Tras descansar un poco, manda cavar un foso de su tamaño y, mientras sus hombres trabajan, exclama varias veces con afligida convicción: *Qualis artifex pereo!*, «¡Qué artista muere conmigo!». Está alterado, llora, exhorta a sus po-

cos acompañantes a suicidarse para que lo inciten a hacer lo mismo con su ejemplo. Ninguno de ellos obedece. Los hechos se precipitan.

Se acercaban los jinetes que tenían órdenes de prenderlo vivo. Cuando los oyó, se hundió el hierro en la garganta con la ayuda de su secretario Epafrodito. Irrumpió un centurión, fingió querer ayudarlo y le taponó la herida con su capa; Nerón, aún vivo, sólo dijo estas palabras: «Es demasiado tarde. Esto sí que es fidelidad». Y murió. Sus ojos, muy abiertos, quedaron fijos, lo cual horrorizó a cuantos los veían (*Vida de Nerón*, XLIX).

Nerón muere mientras la nueva religión llamada cristianismo sigue difundándose. El cartaginés Tertuliano, teólogo cristiano que vivió entre los siglos II y III, dirá de las persecuciones de los primeros fieles: *Semen est sanguis christianorum*, «la sangre es la semilla de los nuevos cristianos».

